

cismo; y por las ciencias sociales con los empiristas, culminando en el cientifismo de Comte y Marx, y los evolucionismos y neo-positivismos posteriores, para los que el existencialismo no ha sido una respuesta adecuada por no haber superado su inmanentismo. Solo el «primer» Husserl (no el segundo) apuntó la respuesta correcta, en línea con la filosofía cristiana abierta a la realidad de las cosas existentes en sí mismas, no en el espíritu humano individual o colectivo.

Todo esto constituye lo que los autores denominan «la metafísica de la apostasía de Dios», que las ciencias empíricas modernas han demostrado como carente de fundamento. La breve aunque sustancial exposición de los principales autores va acompañada de un buen número de textos incluidos en el Apéndice I. Lo mismo se ha hecho con las dos primeras partes del libro.

La cuarta parte, de casi cien páginas, constituye el meollo de esta valiosa obra de recristianización post-moderna. Se titula «La renovación de la filosofía cristiana», y los títulos de sus capítulos hablan por sí mismos. Tras una Introducción sobre la situación actual de la Iglesia, siguen cinco capítulos con los siguientes títulos: «Aplicaciones de la metafísica de la filosofía moderna», «La solicitud pastoral de la Iglesia por la filosofía», «La renovación del personalismo natural y cristiano», «La resistencia interna a la renovación de la filosofía cristiana», y «La filosofía cristiana y el depósito de la fe». Una Conclusión general cierra esta parte.

El resto del libro (unas 150 páginas) lo constituyen dos apéndices, una bibliografía para cada parte, y un índice de materias y autores. El primer apéndice es una selección de textos de autores de evidente interés ilustrativo, mientras que el segundo es una interesante serie de *Questions for Discussion*, distribuidas siguiendo cada parte de la obra, de gran utilidad para los estudiantes y de corte claramente socrático.

No cabe duda que esta obra corresponde fielmente a la mente del actual Romano Pontífice sobre el papel fundamental de la filosofía en la presente tarea eclesial de recristianización y evangelización.

José María de TORRE

Giovanni REALE-Dario ANTISERI, *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, 3 vol. I. *Antigüedad y Edad Media*, II. *Del Humanismo a Kant*, III. *Del Romanticismo hasta hoy*, Ed. Herder, Barcelona 1988, 618, 822, 1015 pp., 15,5 x 24,5.

La publicación de una Historia del Pensamiento filosófico y científi-

co es un acontecimiento. Mucho más si se trata en gran parte de una obra original, con materiales nuevos, con planteamientos nuevos, con una cierta envergadura (tres hermosos y compactos volúmenes con casi tres mil páginas) y en una espléndida edición.

Esta obra quiere servir de libro de texto para la enseñanza secundaria italiana, y en Italia ha tenido una excepcional acogida (editada por La Scuola), lo que habla muy bien tanto del alto nivel de los estudios secundarios de aquel país como de la calidad y cualidad pedagógicas de este trabajo.

Le envergadura de los materiales hacen que esta obra se salga, sin embargo, de ese marco de la enseñanza secundaria, pudiendo servir muy dignamente como libro de texto y de consulta en la enseñanza universitaria. La intención pedagógica del trabajo ha determinado la disposición de los materiales en unidades temáticas amplias y el mismo tratamiento de los diversos autores estudiados. En cada caso, se procura hacer una buena introducción, facilitada por el esfuerzo en encuadrarlos en sus diversas contextos históricos y culturales, y se exponen los núcleos centrales de su pensamiento, sirviéndose ocasionalmente de textos (muy bien escogidos y «nuevos») y de resúmenes de su pensamiento, bien logrados, tomados de sus mejores biógrafos o de historiadores de la filosofía que se han especializado en ese autor.

La idea de integrar en una misma obra la historia del pensamiento filosófico y científico, resulta original, al menos a estos niveles de divulgación, y es un acierto especialmente cuando se trata de estudiar a pensadores como Descartes, Hume, Kant o los epistemólogos modernos, sobre los cuales las ideas y métodos científicos de su época han ejercido una enorme influencia. Se puede discutir si la distribución de materiales es siempre lograda ya que, a veces quedan superpuestos campos que, de hecho, son muy heterogéneos, a pesar de su mutua influencia; pero, en conjunto, se trata de una aportación. Por otra parte, contribuirá a que los alumnos que estudian filosofía adquieran un bagaje de ideas del mundo científico que hoy son absolutamente imprescindibles para tener una concepción del mundo suficientemente amplia y a la altura que exigen los tiempos.

La impresión del texto es muy buena, a pesar de ser bastante compacta, y la distribución tipográfica agradable. Para ilustrar los avances del pensamiento científico se han utilizado numerosos gráficos y cuadros. Y se añade en cada volumen, una bien preparada tabla cronológica, donde se sitúan en 4 columnas los principales acontecimientos del mundo de las artes y ciencias, de la historia, y de la filosofía. También se ha querido reunir al final, la bibliografía de cada capítulo, distinguiendo fuentes de

otra bibliografía. Tanto en la elección de ésta como en las ediciones citadas se echa de ver, quizás, demasiado, que la obra tiene un origen italiano.

Los tres volúmenes se ordenan según una, en cierto modo, inevitable progresión en relación al número de páginas y de autores tratados. Cada uno trata de un período más breve de la historia pero en mayor número de páginas. La razón, obvia pero merecedora de una cierta reflexión, está en el creciente número de personas que han dedicado sus esfuerzos al pensamiento; luego volveremos sobre esto. Ahora describiremos brevemente los volúmenes.

El primero —el más breve a pesar de que abarca desde la antigüedad clásica hasta el final del Medioevo— está dividido en 10 grandes apartados (que son unidades didácticas) con varios capítulos cada uno. Quizás sea en su conjunto el más conseguido de los tres, por el peso que tienen en él los materiales que G. Reale empleó en su monumental *Storia della Filosofia Antica*, de los que se ha servido también aquí. Destaca el tratamiento de Platón (al que se dedica el apartado IV con 40 pp.) y de Aristóteles (apartado V), hay también una amplia referencia a la época helenística (ap. VI y VII, en más de 100 pp.). A la revolución espiritual del mensaje bíblico se dedica la parte VIII, con ese título. Y en el IX, se compendia la patrística, con especial atención a S. Agustín. Por último, el X se dedica íntegro a la escolástica, con 4 capítulos y unas 180 pp. Pienso que la distribución en unidades —apartados o partes— que resulta tan desigual, puede deberse a la programación oficial de los estudios italianos. Quizás una figura como la de Tomás de Aquino (de una influencia tan marcada y perenne en el pensamiento cristiano) hubiera merecido más espacio, al menos comparativamente; aunque la exposición que se hace es buena, pero no completa. Todo lo referente al pensamiento cristiano está tratado con notable respeto y corrección (se dedica, por ejemplo un epígrafe a exponer la inspiración bíblica). Resultan también interesantes y bien abordadas, las consideraciones sobre la influencia mutua entre el pensamiento griego y el mensaje bíblico: «el hombre —a quien tanto habían exaltado los griegos— resulta para el cristiano algo mucho más grande de lo que habían imaginado los filósofos griegos, pero en una dimensión diferente y por razones distintas. Dios decidió confiar a los hombres la difusión de su propio mensaje y, además, se hizo hombre para salvar al hombre» (p. 348). Una última observación —algo localista quizás— es que 2 páginas añadidas al final del volumen sobre la *Ars Magna* de Ramón Llull (*sic*), pueden no ser suficientes para el genio mallorquín.

El segundo volumen, también dividido en 10 partes, comprende desde el Humanismo italiano hasta Kant y sus inmediatos seguidores. Proba-

blemente hay un peso excesivo del renacimiento italiano. Se da una amplia y excelente presentación y una detallada exposición de muchos autores (entre los cuales no todos tienen una real importancia en la historia del pensamiento). Sale perjudicado, en cambio el humanismo centroeuropeo, que quizás hubiera merecido un tratamiento separado para poder dar cuenta del trasfondo espiritual de un movimiento que va a tener una repercusión también enorme (y no sólo por la Reforma protestante) en todo el mundo: sólo se dedican un par de páginas a Erasmo (y ni siquiera se menciona a Tomás de Kempis); también un Nicolás de Cusa parece requerir más espacio que Ficino o Telesio. Por otra parte, un Tomás Moro (reconocido universalmente como uno de los grandes humanistas de la época) representa mucho más para el mundo del pensamiento que algunos eclécticos pensadores con veleidades neoplatónicas como Bruno o Campanella. Las grandes cuestiones intelectuales que se plantean de forma vital en esta época (el sentido de la vida, la función del intelectual, la educación, la libertad, etc.) aunque no encuentran expresiones filosóficas logradas ni se vierten en escritos famosos, son una parte integrante del patrimonio espiritual del occidente cristiano. Los lectores de habla castellana lamentarán, por su parte, que la única mención de Luis Vives sea en el seno de una cita literal de Gassendi (tratado por extenso) donde éste le reconoce lo mucho que le debe. Pero quizás sea también un exceso de mi parte fijarme demasiado en estos dos primeros apartados de un volumen que trata de muchas más cuestiones.

Tras una amplia descripción de los avances científicos de la época (con una acertada atención a las cuestiones de método), se dedican dos apartados al racionalismo, con amplio tratamiento de Descartes, Spinoza y Leibniz; otro al empirismo inglés (con un buen capítulo sobre Hume). El apartado VII va dedicado, tras Gassendi, a Pascal y Vico. Dos partes enteras vienen dedicadas a la ilustración: la primera —que hace el número VIII— es una introducción general bien llevada, aunque quizás falta de apuntes críticos; la siguiente es una amplísima relación de los ilustrados de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Por último, se dedica a Kant la parte X con un tratamiento bien llevado y clásico (biografía, crítica de la razón pura, crítica de la razón práctica, crítica del juicio).

El último volumen es —como ya hemos dicho— el más extenso, con 12 apartados y más de mil páginas. Ha debido requerir un esfuerzo inmenso por el número de autores que trata y por su bastante lograda sistematización, aunque no parece muy claro que pueda ser afrontado como un manual para la enseñanza (mucho menos si se trata de la enseñanza secundaria).

En líneas generales, la descripción del pensamiento de los distintos autores es correcta, pese a las limitaciones de espacio. Es imposible dar cuenta detallada de lo que allí se contiene. Hay una amplia descripción del romanticismo y de los movimientos idealistas alemanes; una parte dedicada a Hegel, amplia relación de los distintos hegelianos; atención al positivismo y a las grandes especulaciones epistemológicas y sobre teoría de la ciencia. Se advierte un esfuerzo por llegar a cubrir campos como la fenomenología de la religión (Otto y van Leew) o de la teología del s. XX protestante (Barth, Tillich, Bultmann...) y católica; los epígrafes dedicados, en cambio a la teología de la muerte de Dios o a la teología de la esperanza resultan quizás algo faltos de perspectiva; hay también una breve (aunque respetuosa) mención a la neoescolástica (Gilson, Maritain), al personalismo de Mounier, al espiritualismo francés. Se dedica todo un apartado a recoger con mucho detalle (quizás excesivo para una filosofía en mucha parte periclitada) las evoluciones del pensamiento marxista. Se da también un amplio espacio a Russel, Wittgenstein, Heidegger y Gadamer. Y se recogen —brevemente— los principales avances de la física, biología y las matemáticas, así como sus repercusiones en las reflexiones epistemológicas, señaladamente en Popper y su escuela.

El esfuerzo por sistematizar este material (que no hemos podido reflejar en esta relación apresurada) es admirable. Los autores han sabido paliar con cierto éxito las graves limitaciones que pensaban sobre una obra de semejantes proporciones, donde la cantidad de información es prácticamente inabarcable. La buena sistemática y el que la información cubra hasta autores muy recientes hacen de este último volumen un valioso instrumento de consulta como ya hemos advertido.

De este modo los tres volúmenes constituyen una aportación valiosa como instrumento pedagógico. Y me parece necesario destacarlo para que esto no quede empañado por las observaciones que, a continuación se exponen.

La primera observación ha sido ya en parte adelantada. Se trata de algo además muy obvio: el último volumen, pese a ser mayor que los otros, resulta mucho más fragmentario, debido al ingente número de autores que se ve obligado a tratar. Se trata de un fenómeno histórico inevitable: el número de autores que una historia de la filosofía debe recoger crece con el paso del tiempo, no sólo porque van poco a poco pasando a la historia, sino también porque son cada día más los que se dedican a la actividad teórica. Esto, aun siendo un fenómeno positivo, plantea a la Historia de la Filosofía un grave problema.

Un repaso somero del índice y del contenido del volumen dan la impresión de que, en este terreno estamos llegando a un límite técnico.

Al menos si queremos conservar la Historia de la Filosofía como una disciplina académica y no simplemente como una actividad ordenada a la elaboración de enciclopedias. Ya es prácticamente imposible dar cuenta suficiente de lo que se ha pensado en este siglo, en una extensión razonable. La medida humana que todo conocimiento debe tener para poder ser poseído y transmitido, parece estar superada o pronta a serlo. Esto da lugar a algunas paradojas.

La primera afecta al carácter propedéutico que tiene la Historia de la Filosofía dentro de las disciplinas filosóficas. La Historia de la Filosofía ha sido siempre un excelente instrumento para iniciarse en el ejercicio del pensar: permite entrever cuáles son y cómo se plantean los principales problemas filosóficos; acostumbra al modo filosófico-contemplativo de acercarse a la realidad; enseña a considerar las cosas desde distinto punto de vista y a tener capacidad para aceptar y comprender planteamientos distintos a los propios, etc. Sin embargo, a medida que el número de autores que es necesario estudiar crece, esta función peligra. Si son muchos, el alumno sólo es capaz de captar un recetario elemental en el que se intenta sintetizar en unas pobres fórmulas clave, asuntos de una complejidad extrema, que requerirían horas de reflexión. El efecto producido en estos casos, puede ser el contrario al pretendido: contemplar una abigarrada multitud de opiniones, aparentemente muy diversas y contrarias, conduce al escepticismo. La sabiduría que la filosofía pretende alcanzar se presenta entonces como una tarea imposible y absurda.

La única respuesta que parece posible ante esta situación es seleccionar con mayor rigor los autores que se van a estudiar. Pero esto requiere elegir cuáles son los criterios para que no vengan impuestos por presupuestos poco racionales. Hay un criterio de selección que viene dado por la necesidad: hay que hablar al menos de los que han sido más conocidos, los que más han llegado al público, los que han ejercido mayor influencia. Este criterio puede ser engañoso debido a las técnicas modernas de propaganda que pueden dar importancia a un autor que, sin embargo, es poco útil desde el punto de vista pedagógico.

Por otra parte, resulta difícil de aplicar cuando se trata de autores recientes, ya que falta la debida perspectiva, y la fama de un autor puede resultar efímera. Pero también resulta problemático por el crecimiento enorme del área de nuestra cultura. Mientras sus características más epidérmicas se difunden sin cesar (piénsese en la alimentación, el vestido, los programas de la Televisión, etc.) parece crearse una cierta sectorialización en aquellos campos que, por requerir una mayor dedicación y esfuerzo intelectual, son más difíciles de transmitir. En todo el campo del pensamien-

to se observa una tendencia a la regionalización ideológica e idiomática que lleva a que unos autores sean conocidos en un área mientras resultan completamente desconocidos en otras. Esto complica la elección.

¿Cuáles son los criterios adoptados por los autores de esta publicación? Parece que se han inclinado simplemente por los autores más conocidos en la filosofía académica centroeuropea y anglosajona. Esto se advierte sobre todo en la selección de los autores más recientes. La editorial española se ha visto obligada, por eso, a incluir un apéndice que recoge sucintamente los exponentes mayores de la filosofía española (de otro modo sólo Unamuno hubiera encontrado un pequeño hueco). Pero no es esta ausencia (en parte merecida, aunque sólo en parte) lo que me parece destacable, sino un efecto que es común a las historias de la filosofía concebidas desde un punto de vista enciclopédico. Y es que se ven obligadas a recoger a cuantos autores han dicho algo original, mientras que pasan por alto (la mayor parte de las veces por una pura inadvertencia metódica) a corrientes de la filosofía permanentes en la historia.

En ese sentido, no me parece mal que se hable de Plejanov, Bruno Bauer, Windelband, o recientemente de J. Worrall o Feyerabend. Pero echo en falta al menos una mención (no la hay) a Brentano, Dempf, H. Beck, A. D. Sertillanges, Galtier, Jolivet, Haecker, V. Hildebrand, Sciacca, Fabro, Bochenski, Pieper, etc. Y quizás no resultan suficientes la mera referencia ocasional a Guardini, Newman, E. Stein, Berdiaev, Copleston, y otros.

Muchos más y muchos más recientes se podrían añadir. Quizás no son muy originales (algunos sí lo son), pero en todo caso, representan una corriente de pensamiento presente en la historia y operando desde hace siglos con una gran fecundidad; pero que apenas queda reflejada en una Historia del Pensamiento que, sin embargo ha dado cuenta detallada de muchos otros pensamientos completamente caducos y periclitados. Creo que se trata simplemente de una cuestión de método, de criterio de selección, pero muy importante. Yo no formaría un filósofo sin ponerle en contacto con todo lo que representan estos autores. En ello está en juego el amor a la verdad que es el motor de la filosofía.

Probablemente mis afirmaciones confirman que una cierta sectorialización intelectual es inevitable. Pero esta es una cuestión que no puede pasar por alto en un planteamiento pedagógico. La filosofía no se construye con la mera agregación de pensamientos diversos. En ese sentido, la enseñanza de la Historia de la Filosofía requiere bastante iniciativa por parte del profesor, para que resulte de provecho a un alumno, sobre todo si no cuenta con una cierta formación filosófica seria.

Esto no empaña, como ya he advertido, el valor que tiene como obra de consulta y fuente primaria de información. Por este motivo está llamada a jugar sin duda un importante papel en la enseñanza, también en nuestro país. Quizás represente incluso un último esfuerzo por presentar una Historia de la Filosofía con pretensiones de totalidad: ¿será posible algo parecido dentro de medio siglo, cuando 50 ó 60 nuevos pensadores más merezcan un lugar en la Historia?

De momento nos servirá mucho tener esta obra entre las manos, pero también será útil (están implicadas tantas cuestiones vitales de sentido y de método) pensar en el futuro.

Juan Luis LORDA

Rafael ALVIRA DOMÍNGUEZ, *Reivindicación de la voluntad*. EUNSA (Pamplona, 1988).

«La historia de la filosofía es mas rica en análisis del intelecto que de la voluntad» (p. 9). Consciente de esta falta, el prof. Alvira emprende la tarea de «aclarar qué se entiende por conocimiento, qué se entiende por voluntad, qué *modulaciones* tiene el uno y la otra, y qué relaciones hay entre los modos del conocimiento y los de la voluntad» (p. 9). El libro que presenta al lector como resultado de su investigación filosófica está formado por una colección de trabajos, ya publicados la mayoría separadamente, que tienen en común ese *leiv motiv*.

En la líneas que siguen no se pretende presentar el libro, sino hacer unos breves apuntes, apenas esbozados, para poner de manifiesto el interés que tiene su contenido en orden al trabajo teológico. Contiene sugerencias de amplias repercusiones, de las que aquí se señalarán algunas.

Como disciplina más directamente interesada, en primer lugar habría que señalar a la Teología moral. «Si la teología ha necesitado siempre del auxilio de la filosofía, hoy día esa filosofía tendrá que ser antropología» (Juan Pablo II, *Discurso a los teólogos españoles en la Universidad Pontificia de Salamanca*, Insegnamenti di Giovanni Paolo II, V, 3, 1982, p. 1052). Si estas palabras de Juan Pablo II se refieren al entero quehacer teológico, es indudable que afectan muy en primer lugar a la Teología Moral, necesitada, como ninguna otra disciplina teológica, de una antropología filosófica acertada y profunda. Es aquí donde, precisamente, las indicaciones del prof. Alvira son de gran alcance; él mismo señala que «no pocos problemas de la filosofía, particularmente de la filosofía moderna, y especial-